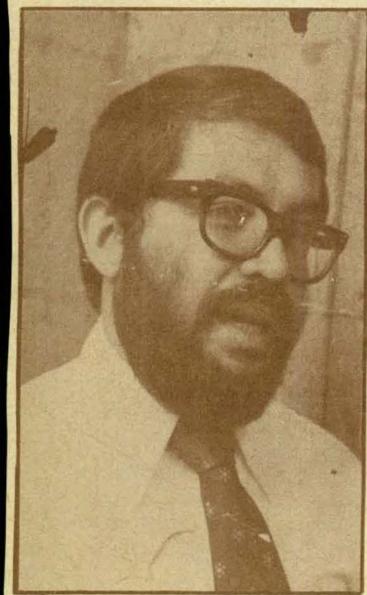


JUNIO DE 1985

Por El Desarme

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Hoy, jueves 24, inicia el presidente De la Madrid su visita a Yugoslavia, parte de una nueva gira internacional. Nunca ha sido irrelevante el contacto de México con el exterior, pero lo es menos cada día. La política que vincula a diversos países no es mero adorno, o ejercicio retórico, sino elemento indispensable para el trazo de las acciones inferiores. Por eso no se deja escapar ninguna ocasión de ponerla en práctica: en la escala técnica que debió realizar en Palma de Mallorca, el Presidente de México se encontró con el jefe del gobierno español, Felipe González, que ya estuvo en nuestro país pocos meses después de que uno y otro asumieron sus tareas gubernamentales en condiciones difíciles. González ha tenido menos suerte, y menos habilidad, que De la Madrid en su desempeño. Tampoco lo ayuda la estructura política española posterior a la dictadura, que es más dinámica y complicada que la mexicana. No es que aquí cuanto diga el Presidente se traduzca en realidad, pero contar con una fuerza presidencial difícilmente contrastable, y con un partido dominante casi único, a pesar de las crecientes rebeldías de la oposición, ayuda en mucho. Por lo demás, González ha tenido que disminuir la beligerancia de sus proposiciones diplomáticas, y realiza un gobierno conservador en esa materia. Sus dudas respecto de incorporar a España a la fuerza militar de la OTAN, y su creciente desapego de la causa nicaragüense, muestran cómo un brutal realismo lo ha conducido a tener una diplomacia más cercana a la norteamericana que la que México puede permitirse, no obstante nuestros lazos de dependencia respecto de la potencia norteamericana donde el lunes pasado apenas se inició el segundo periodo del Presidente más belicista del presente siglo (y conste que se trata de un liderato muy contenido).

La gira que comienza propiamente hoy lleva en primer lugar a De la Madrid a Yugoslavia. Dos presidentes mexicanos lo han acontecido. López Mateos abrió brecha, y estableció una relación amistosa, personal, jocunda, con el mariscal Tito. Juntos entonaban canciones y disfrutaban de la vida, aparte de emprender abordamientos políticos. El trato del gran líder yugoslavo con Echeverría fue mucho más austero, más seco, como correspondía al Presidente mexicano. Tito vino dos veces a nuestro país, a reciprocarse las visitas de esos mandatarios mexicanos. Hoy el gran dirigente ha muerto, y las complicaciones de la economía yugoslava la colocan en semejante circunstancia al resto de las naciones del Tercer Mundo ahogadas por la deuda externa y la migración de su mano de obra a las naciones industrializadas. Además de los enfoques de política exterior en que tan afines pueden ser nuestros dos países, en Yugoslavia habrá actos que conciernen más bien a la política interior mexicana, pues uno de los integrantes de la breve comitiva visitante es el secretario de Programación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari. Salvo el hecho de que sea el encargado de la planeación, y se suponga que algo puede venir a la mexicana de la experiencia yugoslava, no se encuentra otro motivo para que se le haya incluido en la gira. Imposible dejar de pensar por consecuencia, en que, si bien eran otros momentos, López Portillo se las arregló también para que De la Madrid viajara a Cuba, y estuviera comprendido en la comitiva que lo acompañó en

juio de 1981 a entrevistarse con el presidente Reagan no obstante que, como ahora, no había materia en la que su presencia fuese especialmente necesaria.

Al concluir su estancia en tierras yugoslavas, De la Madrid viajará a la India. Allí su estadía se dividirá en dos partes. La última consistirá en una visita oficial a aquel país, todavía dolido por el cruel asesinato de su lideresa, la señora Indira Gandhi, y las violentas secuelas que suscitó. También López Mateos fue pionero en iniciar un acercamiento con el país que entonces era regido por Nehru. Echeverría estuvo también en Nueva Delhi, y López Portillo continuó la breve pero fructífera tradición, en enero de 1981. Se le confirió entonces un señalado honor: el de ser el mandatario extranjero que asistiera a los festejos conmemorativos de la fundación de la república india, liberada del yugo británico en 1946. Distinción semejante se ha concedido ahora al presidente De la Madrid, que se quedará en Nueva Delhi después de que concluya la reunión de media docena de jefes de Estado y de gobierno para proclamar la necesidad de que cese la carrera armamentista.

Una agrupación de legisladores, la Unión de Parlamentarios por un Nuevo Orden Mundial, inspirada por las mejores alas de la social democracia, invitó a los presidentes de México, Argentina y Tanzania, y a los primeros ministros de la India, Suecia y Grecia, a que suscribieran una declaración contraria al armamentismo practicado por las potencias, que se emitió el 22 de mayo pasado. La composición del grupo era significativa. Estaban incluidos en él representantes de todas las regiones del mundo, y los gobiernos invitados destacaban por su labor en materia internacional, o por haber desarrollado una política interior favorable a los derechos humanos. En este último sentido, el papel de Argentina era especialmente significativo: medio año antes de ser invitado, el presidente Alfonsín con su elección iniciaba el desmantelamiento de una de las más crueles dictaduras que han sufrido las naciones latinoamericanas.

El tema del desarme, del que se ocuparán los estadistas reunidos en Nueva Delhi, no requiere ser magnificado para que se calibre su importancia. Sus dos filos hienden profundamente a la humanidad: Por un lado, la mantiene atemorizada. Los arsenales nucleares y de armas convencionales de Estados Unidos y la Unión Soviética (así como los de sus aliados respectivos) encierran potencial de muerte y destrucción que no puede ser trivializado, y menos aún cuando se sabe que aparte las causas digamos atendibles por las que pudiera entrar en acción, también es posible que se le active por un simple accidente o por un malentendido. Ya la sola tensión atemorizadora en que el mundo entero se encuentra sería bastante motivo para reclamar la disminución de la capacidad destructiva hasta llegar a su supresión.

Pero además de ese riesgo ominoso, el armamentismo significa una absurda e irresponsable distracción de recursos financieros hacia una industria bélica insaciable, en vez de que se les destine a propiciar la vida. La penuria de los países pobres sería automáticamente mucho menor si se canalizaran a la producción de alimentos, por ejemplo, las ingentes cantidades de dinero que hoy absorbe la industria de la muerte.

La abrumadora deuda de las naciones pobres, aunque en cada caso haya crecido por factores internos bien localizados, es resultado también de las distorsionadas relaciones financieras internacionales. El déficit del gobierno de Estados Unidos está en buena parte causado por sus asignaciones militares desorbitadas, y al pago de ese déficit se orienta el esfuerzo del gobierno de Washington, que en tal empeño destroza las reservas de los países que ya lo deben todo, incluido su futuro.

Qué bueno, así, que nuestro país pueda contribuir a que se cobre conciencia de estos riesgos y se trabaje por erradicarlos.